

## Filosofía y Poesía

En filosofía, crear es en cierto sentido, definir; decir lo no dicho, poner límites a lo ilimitado, determinar lo indeterminado. No obstante, para que la definición de que hablamos tenga un auténtico carácter operativo, parece necesario que lo definido cobre existencia a través de la definición misma.

Si se intenta contestar la pregunta ¿qué es o cómo es la filosofía? la respuesta, de ser afortunada, pudiera incorporarse al objeto por el que se pregunta, enriqueciéndolo. No obstante, se ha dicho que el preguntar condiciona toda respuesta y que, por tanto, es esencial aprender a preguntar bien. Efectivamente, no deja de ser esto cierto, pero por otra parte no lo es menos el hecho de que si nos centramos en la pregunta limitamos la respuesta al marco del preguntar mismo, perdiendo de vista aquello por lo que preguntamos y cayendo así en un pensamiento circular. También es importante el aprender a bien escuchar para que las respuestas, escondidas en el silencio que sigue a la pregunta, que no son hasta que las decimos, nos ofrezcan un nuevo ámbito de proyección en la búsqueda por lo preguntado. Entre la respuesta y la pregunta hay siempre un vacío que llamamos silencio y que, por otro nombre, responde también al de nada. O bien, nos afincamos en los términos de la relación pregunta-respuesta vinculándolos en sus significados o, por el contrario, fijamos nuestros ojos en el vacío que los separa y que nos permite, a veces, muy pocas dirla, proyectarnos más allá de dicha relación.

La filosofía parece ser la posibilidad abierta al filosofar y por tanto no puede condicionar ni la respuesta ni la pregunta misma. Se aducirá, en justicia, que nuestras definiciones están condicionadas por el lenguaje y sus posibilidades de expresión, o por las formas lógicas que el sujeto que define emplee. También pueden estarlo por nuestras estructuras físicas y psíquicas, y por todas las otras circunstancias que determinan nuestro modo de ser y pensar. Nada más cierto, pero las definiciones a que me refiero, pese a estar sujetas a todas estas condicionalidades, no se ven limitadas en su proyección por un objeto al que tengan que amoldarse y reflejar.

Cuando intentamos definir una mesa, por ejemplo, las posibilidades de definición son ilimitadas debido a que las perspectivas que nos ofrece, tanto

en el espacio como en el tiempo, lo son también. Sin embargo, la mesa está ahí; es lo que es y no otra cosa; y ello nos obliga a conformar nuestra definición a las condiciones que la mesa nos impone para dejarse definir. Nuestra definición, en este caso, con las mismas limitaciones que pudiera tener la que define lo indefinido, la filosofía, se encuentra además, presa por las exigencias que le plantea aquello que definir intenta.

Es innegable que toda definición supone un cierto tipo de creación, ya que la definición de la mesa no es hasta tanto se da y en consecuencia, como tal, la definición viene a ser en este sentido, una novedad. Por otra parte, entiendo que en la diferencia que existe entre la definición que define lo indefinido y aquella que define lo definido se encuentra el sentido de la auténtica creación. En última instancia, me atrevería a decir que en filosofía, crear es definir lo indefinido.

Bueno es aclarar que al hablar de definición no estoy empleando este concepto en su acepción aristotélica. De-finir es poner fin, limitar y sólo mediante esta limitación nos es dado conocer. No es, pues, la "esencia" lo que esta definición busca, sino la "presencia" de aquello que definir intenta. Lo verdad sólo se nos ofrece cuando el ente se entrega en la presencia, en lo que se hace presente, y ya Platón señaló, si mal no recuerdo, la estrecha relación que existe entre estos dos términos. La palabra presente viene del latín *praesense-eus* que literalmente significa lo que está delante. Pero en español, el prefijo latino *pre* —delante de, frente a— determina a la palabra *ente*, del griego *ontos*, que significa ser. En español, presente es aquella dimensión temporal que nos sitúa frente a lo que es. Puede aducirse que en ambos casos la palabra quiere decir lo mismo, puesto que la latina se nutre igualmente del significado griego, y por ello esta interpretación acaso no cuadre muy bien con la opinión de los filólogos. Así, mientras la palabra latina nos refiere a un plano gnoseológico, la española, siguiendo la senda abierta por los griegos, nos encamina hacia un ontológico, o, empleando la terminología heideggeriana, óntico.

Pero volviendo a nuestro tema, el creador a que nos referimos se ve imposibilitado de crear frente al ente que se nos da en la presencia porque el contenido de actualidad que la presencia tiene, le presta siempre un anterior concreto a la creación. Por otra parte, sólo a través del ente que el presente o la presencia nos ofrece nos es dado alcanzar la dimensión del ente que queda oculta, la que se esconde a la presencia: es allí donde la verdadera creación puede darse.

Esta dimensión tiene siempre un carácter indeterminado y si no logramos llegar al confín de nuestro presente más abarcador, nuestra proyección no trascenderá el sistema temporal que nos enmarca y la creación de que hablamos no es posible. Nuestros porvenires serán sólo los pasados de los entes que constituyen dicho sistema y nuestro esfuerzo jamás podrá ofrecer al presente dimensiones de novedad.

La creación matemática, por ejemplo, no es la misma que la filosófica, quizás se aclare esto en algo señalando que para crear en matemáticas es imprescindible haber cubierto antes las etapas que constituyen las matemáticas mismas, o al menos, los contenidos específicos del campo matemático que nos interesa. De no ser así, las creaciones serán una repetición de lo

dado y sólo descubriremos lo creado con anterioridad. Para Pitágoras la tabla de multiplicar fué una creación, para mí, sólo un descubrimiento. Es, pues, necesario alcanzar el límite del hacer definitorio; sólo así enfrentaremos el vacío de ese específico poder ser, hacer o decir que nos ofrece el futuro desde cualquiera de sus posibles avenidas.

En el caso del filosofar que nos ocupa, la creación estriba en cubrir de definiciones ese vacío, cuya dimensión temporal es lo que llamamos futuro, convirtiéndolo en por-venir. La diferencia que existe entre los conceptos de *futuro* y *porvenir* es esencial para aclarar esta posición. El futuro es la forma temporal de la negación, de la nada, pero su temporalidad le presta un tipo especial de limitación que nos permite aprehenderlo. El futuro tiene todos los caracteres ontológicos que ya desde antiguo vienen adscribiéndose a la nada absoluta y al ser, pero a diferencia de éstos está inexorablemente limitado por el presente. El futuro, como dimensión abstracta es infinito—no así en el caso de los futuros concretos que pueden ser finitos en ambos términos— pero lo es tan sólo en uno de sus extremos, ya que el futuro es tal, sólo con referencia a un presente, como lo es el infinito matemático en relación a la unidad. Ello le presta un cariz de posibilidad actualizable, aunque inalcanzable, que le estaría vedada de otro modo.

Aun el mismo Parménides parece comprender la necesidad de limitar en alguna forma su propio concepto del ser ante la imposibilidad de captar lo ilimitado. Platón nos entrega un mundo de ideas eternas pero no necesariamente infinitas, ofreciéndonos con ello una posibilidad de aprehensión. La pluralidad de las ideas platónicas supone un límite entre los elementos que la componen; una idea termina donde empieza otra, no las limita en el tiempo, sino en el espacio, donde el límite es menos perceptible por no aparecérsenos necesariamente como final.

Pero volvamos a la diferencia entre futuro y porvenir. Cuando hablamos de porvenir lo hacemos generalmente empleando la palabra como sinónimo de futuro; mas si analiza con cuidado estos dos términos, descubrimos que tienen sentidos diferentes. Mientras el futuro de algo es lo que ese algo no es —y en consecuencia, lo que puede ser o será— el porvenir, es lo que a un algo le ha de venir y no le ha venido todavía. Así pues, la diferencia entre futuro y porvenir consiste en que mientras el futuro se nos ofrece como un vacío, como una negación, el porvenir contiene necesariamente aquello que nos trae en su venida, o aquello que en él encontramos al buscarlo. El futuro no tiene contenido, pero por ser el reino de la posibilidad puede contener el porvenir. El porvenir, se nos presenta, en este caso, como el futuro definible.

Conviene distinguir dos formas del tiempo que poseen características diferentes. En lo que podríamos llamar tiempo inespacial nos encontramos con el mañana y el ayer, pero ambas dimensiones no se dan en ningún sitio, son sin estar. En el tiempo espacial, o sea, en el espacio-tiempo, descubrimos que el futuro o el pasado son elementos relativos a un punto de referencia específico en el sistema espacio-temporal en juego. El futuro espacio-temporal tiene un contenido dado con anterioridad a su presentualización, y en consecuencia, su ausencia, su por darse, está condicionado por los elementos de su contenido. No así en el futuro inespacial que sólo se ve con-



dicionado por los elementos del dado que lo hace posible. En el futuro espacio-temporal la condicionalidad viene de *fuera*, mientras que en el inespacial la condicionalidad viene de *dentro*. Estas dos formas de futuro son, en el fondo, maneras de darse una misma realidad. Mientras más cerca esté del presente y futuro espacio-temporal, mayor su condicionalidad, disminuyendo ésta proporcionalmente con la lejanía. Ello lleva a pensar que la proyección del futuro espacio-temporal conduce, en última instancia, al futuro inespacial y a lo contrario si invertimos los términos. El mañana se da siempre en relación a un hoy, a un ahora, y el ahora se afina inexorablemente en el aquí.

Mientras en el plano óptico el futuro, vinculado siempre a un espacio, nos ofrece un tipo de porvenir a causa de los entes y de las definiciones que contiene o puede contener, en el ontológico nos encontramos con la nada. Veamos en qué consiste esa nada.

Si en la calle, delante de nosotros, estuviera parado un automóvil y alguien nos preguntara qué tenemos enfrente, responderíamos que un automóvil. Si el auto arrancara en ese momento y nos volvieran a preguntar, nuestra respuesta sería: nada. ¿Pero qué significa esta respuesta? Significa únicamente nada de automóvil puesto que con el auto hay edificios y gente pasando; otros algos que tienen otras nada por las que no se nos preguntó.

La primera dimensión de la nada es, pues, la nada de algo; lo que no es lo que es. Los entes, que son los algos con otro nombre, poseen características positivas —o así las llaman al menos algunos lógicos—; son finitos limitados, definidos y determinados. Todo lo que se nos presenta como ente, todo lo presente, posee estas características en diversos grados. Las diferencias provienen de que “la manera de ser” del ente condiciona las formas de su espacio-temporalidad. Las ideas se encuentran tan inmersas en su espacio-tiempo como lo están las mesas, la diferencia estriba en que “su manera de ser” produce una forma diferente de espacio-temporalidad.

Lo que se ha venido llamando ser, el ser del ente, tiene características opuestas —negativas— o sea, es infinito, ilimitado, indefinido e indeterminado. También las tiene la nada absoluta, si es que de ella podemos hablar. La nada del ente, sin embargo, pese a poseer características negativas, está limitada por el ente que nadifica, al igual que el futuro lo está por el presente y de todo esto han hablado ya bastante los entendidos. Parecería que son el ente y el ser los que se nos dan como opuestos, y no la nada y el ser como tradicionalmente se presume. Esta oposición entre ser y ente es sólo posible a través de la nada del ente que los separa, vinculándolos. Sin embargo, al enfrentar la dimensión negativa que el ser precisa para mostrársenos, muchos se han quedado en ella sin descubrir que oculta en sí el ser del ente que no es el ente.

Pero la nada no se nos entrega fácilmente y la dificultad en percibirla proviene de que toda nada contiene algos que le son ajenos que nos atraen, ofreciéndonos el encanto de lo definido. Aquel que sólo perciba los algos que pueblan su nada jamás podrá crear. Lo que es se define por lo que no es y ello permite a su vez definir lo que puede ser.

En este definir lo que no es, en este cubrir de nosotros nuestra nada, se esconde un persistente deseo de alcanzar lo ontológico que jamás se cumple,

pero que, sin embargo, parece acercarnos paulatinamente hacia la meta que lo ontológico contiene.

Es conveniente aclarar que al referirme al ser —palabra que por lo general se escribe con mayúscula— no estoy hablando de una entelequia situada en cualesquiera de los mundos ideales de que disponer podemos. La realidad, tal como se nos presenta, nos ofrece en cada representación sólo una de sus múltiples facetas. Lo ausente del presente, lo que fué y lo que será, *no es* lo que se nos presenta. Esta negación, tan rica en posibilidades es la que se ha dado en llamar el ser del ente, o quizás mejor, el ser de lo que no es el ente. Es esta dimensión negativa la que nos ofrece toda posible novedad.

La comprensión del significado del ser, cuando se nos da, nos empuja a la búsqueda, pero aquel que no haya cobrado conciencia de su propia nada jamás podrá romper el cerco de presencia que lo aprisiona.

Por lo común, el hombre rehuye la visión de su nada para no saber de su muerte. El filósofo y el poeta son aquellos que se atrevieron a mirar. El hombre de ciencia se ocupa de lo dado, lo define en "modelos" con el objeto de ofrecernos sus posibles relaciones con los entes que representan y las de los modelos entre sí. Se orienta hacia un ausente con un contenido concreto sin percibir la negación; por eso no se plantea la muerte como problema, sino como fenómeno. El hombre de ciencia no define lo que puede ser en un no ser vacío, intenta ofrecernos lo que de permanente hemos de encontrar en un no ser al hacerse presente. Su función consiste en pronosticar, y pronóstico y creación son dos cosas distintas. La finalidad última de la ciencia es encontrar "la verdad", o sea, la congruencia entre "el modelo" y el ente que representa. La finalidad de la filosofía es sólo buscarla.

El filósofo intenta definir lo indefinido, dibuja, con el cincel de sus definiciones el porvenir sobre el futuro creando con ello los puentes que permiten alcanzar una determinada nada convirtiéndola en algo. El quehacer filosófico se proyecta fuera del tiempo forjando nuevas dimensiones ópticas dables a presentualización, mediante el hacer que hacia ella nos lleva, concretándolas.

La creación en esta dimensión es ajena a toda categoría de verdad científica ya que carece de toda posibilidad de constatación, no siendo modelo de nada. Si intentamos engazarla en una tal categoría nos encontramos con la paradoja de que toda creación es "falsa", puesto que si crear es definir lo indefinido, el término opuesto de la relación habría de ser el definido que hace posible la creación, y la definición creativa es siempre un no ser de dicho definido. Si ofrece una novedad, lo que de novedoso tiene no debería encontrarse en su otro término. Ello hace imposible el acoplamiento entre "realidad" y "modelo" que este concepto de verdad exige.

El filosofar que nos ocupa no es un asunto de ida y vuelta: es una marcha continua en busca de lo que no es y puede ser. Las metas son verdaderas cuando son un no ser de algo, dable a presentualización; no lo son cuando este no ser no corresponde a nada, o sea, cuando la nada sobre la que se proyecta no lo es de un algo específico.

Las filosofías de ida y vuelta, aquellas que se orientan desde un plano lógico sobre la realidad concreta, no son, ciertamente, menos importantes; son sólo diferentes. Sin estas últimas las primeras carecen totalmente de sentido, ya que el porvenir deja de serlo cuando no se trata de actualizar. En la



historia, se dan situaciones en que lo inmediato nos exige un compromiso ineludible en su cumplimiento. Por ejemplo, yo estoy con aquellos que intentan encauzar el presente hacia un porvenir que permita al hombre alcanzar su auténtica humanidad.

¿Y qué del poeta?, preguntarán ustedes, ¿qué tiene que ver el poeta con todo esto?

En poesía, como en filosofía, se dan diferentes niveles de aprehensión, ya que el poeta no se ciñe a un solo ámbito. Todos los objetos son dables al pensar poético y los poetas se expresan en múltiples dimensiones. No obstante, sólo hemos de ocuparnos de aquel plano que lleva al poeta, al igual que al filósofo, a descubrir el sentido de la nada al asomarse al abismo de las profundas simas. En este plano, el poeta tiene un destino diferente al del filósofo. “¿Poetas? Para nosotros definirse es morir.”, dijo Bruno Nardini, y en efecto, el poeta ha de rechazar la definición que define lo indefinido. Sin embargo, si está en condiciones de rechazarla es porque, a diferencia del filósofo, parece intuir el contenido indefinido que la nada encierra, percibiéndolo detrás de los algos que la habitan.

Esto, a veces, puede llevarlo a sufrir el destino de aquel que contempla lo prohibido; el no poder dejar de contemplarlo. El poeta, puede verse separado de lo que contempla por su propia contemplación y, con frecuencia, repudia la acción que ha de llevarlo en busca de lo contemplado. Quizás sospeche que el hacerlo podría desvirtuar su vislumbre.

Son muchos los poetas que han creído percibir el ser entre las brumas de la nada, confundiéndolo a veces con la nada misma. Recordamos el caso de Antonio Machado y su Dios-Nada, que nos ofrece caritativo su cáliz bien colmado de sombras.

Unamuno también descubrió y confundió su nada desde antiguo y quedó por su visión obseso. “Tinieblas es la luz donde hay luz sola”, dice en un verso citado por José Bergamín, y ello acaso explique la persistente atracción que sobre él ejerció este oscuro y a veces luminoso ámbito. Pero en Unamuno, como en otros, se da el temor que la presencia de la nada despierta en el hombre, por guardar tal vez consigo el secreto del último misterio.

La visión de la nada como reino de la posibilidad —como morada del ser según se ha dicho poéticamente— tiende a inhibir al poeta a crearse un porvenir. Para definir el porvenir hay que trasmutar primero la nada en futuro, pero al hacerlo parecen perderse los vislumbres ocultos en la negación. Por eso, rara vez el poeta de que hablamos, define su porvenir, su proyecto de vida.

A diferencia del filósofo que llena de sí su nada para acercarse hacia lo que oculta, lógrelo o no, el poeta orienta su acción a concretar en el tiempo su misteriosa revelación. Al esfumarse lo visto, intenta encerrar lo sentido en su obra. El poeta aprisiona en el ente destellos del ser, trae lo ontológico a lo óntico. El filósofo, por el contrario, lleva lo óntico hacia lo ontológico sin alcanzarlo nunca pero enriqueciéndolo en la búsqueda.

Esta plasmación del ser en el ente que nos ofrece el poeta, se logra mediante un tipo especial de definición que consiste en definir los límites dejando la máxima indiferenciación en un contenido de transparente claridad.

Mientras el filósofo intenta definir lo indefinido, el poeta llena de lo indefinido su definición. Por eso el poema contiene infinitos decires.

Pudieran señalarse tres posibles dimensiones de indefinición dables al poeta. La primera es aquella indefinición que se encuentra entre las cosas, que separa los entes entre sí; lo que no es un algo en relación a otros algos. La segunda, es la indefinición que se encuentra detrás de las cosas, pres-tándoles su sombra para darles relieve; lo que no son las cosas en relación a sí —ella nos da un atisbo de lo que pueden ser. La tercera dimensión es uno de los ejes de todo gran arte y el objeto último de las plasmación poética a que nos referimos; la indefinición misma sin referencia a las cosas que la hacen posible. Es allí donde algunos han creído ver la luz de las tinieblas. Para alcanzarla, hay que pasar primero por las otras dos, pero son muy pocos los que lo logran. La diferencia de sentido que la poesía puede presentarnos, pudiera encontrarse en la gama de indefiniciones señaladas.

En poesía, lo inauténtico tiene al menos dos categorías. En primer término, podemos señalar al poeta que intenta definir el ente sin referencia a sus posibilidades ontológicas: aquí, el poeta no hace otra cosa que repetir lo hecho. Cuando se nos ofrece esta falsa evidencia, podemos encontrar solaz en la reiteración de lo conocido, pero al dejar de mostrarnos la dimensión desconocida que lo conocido encierra como posibilidad, la expresión no perdura.

El otro caso es el de imitador. Cuando un poeta concentra en el ente su visión del ser, en cualquiera de sus modalidades, debe sacar necesariamente de su propia experiencia el sentido de su visión. Para ello tiene que haber osado situarse en la frontera de su tiempo, mirando más allá.

Aquel que percibe la visión poética aprisionada en el poema, podrá orientarse hacia lo percibido y descubrirlo a su través, pero no podrá nunca plasmarlo de nuevo en otra obra. Para hacerlo tendría primero que mirar él sólo lo que el poeta vió. Si intenta plasmar el reflejo, la inautenticidad de su seudo-creación se deja ver fácilmente. La visión auténtica, presta sentido a la obra, pero a su vez, la obra no puede prestar su sentido ontológico a otro ente que la refleje.

Al invertir la relación del ir por la del traer, el poeta queda aprisionado por su presente y su obra es el testimonio de su sacrificio. Por mostrarnos el significado del atisbo, por patentizar el ser, se sabe separado de lo buscado para siempre.

Puede sentir entonces la íntima frustración que su destino supone, porque al dedicar su hacer a entregarnos lo contemplado, se inhibe de alcanzarlo, o al menos, quizás por ser quien es, se le descubra con más claridad el destino que a los demás se nos vela.

Pero el descubrimiento llega siempre tarde, al terminar el tiempo. Cuando se acaba el presente y escucha la voz queda de su nada cobrándole el precio de su reveladora intimidad, puede que se le dé, más que a ningún otro, el sentido de la finalidad de la muerte. Ve acercarse con asombro el fin de la contemplación y sólo le queda la obra como recuerdo de lo contemplado.

Pero también la obra lo abandona en busca de otros tiempos que le son propios, vedados al creador, que al encontrarse frente a su límite temporal

no puede seguirla. Y también él, como todos los hombres, ve desvanecerse su visión, dejándolo atrás con su muerte. Mas en su caso, sabe lo que pierde porque pudiera el ser haber querido expresarse en su palabra.

Aquel gran poeta que fué Goethe, se queja en la "Dedicatoria" de su *Fausto* al encontrar extrañas las voces que lo aplauden, y al ver su obra perderse entre ellas sin poder seguirla. Al final de la "Dedicatoria" nos entrega magistralmente en una frase el sentido de la transformación temporal que se ofrece al hombre, y al poeta por serlo, a la terminación de su ciclo de vida. "...lo que poseo me parece lejano y lo desaparecido se me torna realidad." Allí donde el futuro se aclara y el vacío se abre a nuestros pies, la nada va carcomiendo el presente que cobra visos de irreal. Y es que al pasar de los años, el hombre se hace viejo y pierde su futuro, quedándole sólo el pasado. Y los poetas se hacen viejos también.

El poeta muestra el camino, pero tiene que elegir entre andarlo o mostrarlo. Al cumplir su misión llevándonos hasta la ventana que sus manos abrieron al misterio, se queda siempre de este lado con su terrible soledad.

Aparte ya del místico, cuyo arte puede expresar un estar y no un contemplar, acaso en el poeta filósofo pueda darse la posibilidad de unión entre contemplador y contemplado. Pero a veces, cuando no lo acompaña la gracia, la proximidad del misterio lo impulsa a alcanzarlo sin hacer de su nada porvenir primero. ¡Pobre de aquel que intente penetrar el no ser sin llevar su presente consigo! El que quiera entrar en su nada directamente en busca del significado del silencio, puede quedarse en ella para siempre sin encontrar jamás los caminos de regreso a nosotros. Recuerdo a veces a Holderlin y a Nietzsche.

JORGE ENJUTO

*Profesor de la Universidad  
de Puerto Rico*